

III.—Las circunscripciones provinciales (continuación).  
La frontera germánica (1).

Las circunscripciones provinciales trazadas por Augusto subsistieron más de doscientos años. Sin embargo, durante el siglo I después de J. C. se modificó el régimen de la Bélgica. Esta provincia tiene su historia particular, enlazada con la de las relaciones entre Roma y Germania.

Bélgica amenazaba á los germanos en toda la línea del Rhin. Detrás de esta nación había otra más pacífica, que ocupaba las márgenes del Saona y del Marne. Esto explica la distinción establecida al principio entre estas dos zonas y que terminó en una separación casi completa.

Durante el siglo I la política imperial pasó por diferentes fases. Invasora al principio, se limitó bien pronto á una estricta defensiva. Luego se hizo más atrevida y avanzó más, sin alcanzar empero el fin deseado.

Las dos incursiones de César más allá del Rhin no fueron más que simples demostraciones. Las circunstancias no le permitieron otra cosa. Estas incursiones dieron á conocer cuando menos el camino, y los hechos demostraron que se podían realizar los proyectos que aquellas entrañaban. El río no era obstáculo suficiente para detener á los merodeadores. Sus correrías, cada vez más frecuentes, alentaban entre los galos, aún no sometidos, el espíritu de rebelión. El 16 antes de J. C. las hor-

(1) FUENTES.—Los textos literarios concernientes á las relaciones de Roma con Germania aparecen reunidos en Riese, *Das rheinische Germanien in der antiken Literatur*, 1892. En su mayor parte han sido tomados, en lo que se refiere al período que nos ocupa, de Estrabón (VII), Veleyo Patérculo (II, 95 y sig.), Plinio (*Hist. Nat.*), Tácito (*Anales, Historias, Costumbres de los Germanos*), Suetonio (*Vidas de los doce Césares*), Floro (IV, 12), Dión Casio (LIII, 68), etc. En lo referente á los textos epigráficos, véase Brambach, *Corpus inscriptionum rhenanarum*, 1867, y á partir de esta fecha los periódicos.

OBRAS DE CONSULTA.—La historia de la Germania romana ha dado origen, especialmente en Alemania, á numerosos artículos, disertaciones y obras que están publicados ó citados en Revistas especiales y particularmente en la *Westdeutsche Zeitschrift* y los *Bonner Jahrbücher*. Nos limitaremos á citar los trabajos siguientes: Mommsen, *Histoire romaine*, traducción de Cagnat y Toutain, 1887, vol. I. Hirschfeld, *Die Verwaltung der Rheingrenze in den ersten drei Jahrhunderten*, 1877, en las memorias dedicadas á Mommsen. Hettner, *Zur Kultur von Germanien und Gallia Belgica*, «*Westdeutsche Zeitschrift*», 1883. Riese, *Forschungen zur Geschichte der Rheinlande in der Römerzeit*, 1889, y *Zur Provinzialgeschichte des römischen Germaniens*, «*Correspondenzblatt der Westdeutschen Zeitschrift*», 1895. Pfitzner, *Geschichte der römischen Kaiserlegionen von Augustus bis Hadrianus*, 1881. Ritterling, *Zur römischen Legionsgeschichte am Rhein*, «*Westdeutsche Zeitschrift*», 1893. Hartung, *Römische Auxiliar-Truppen am Rhein*, 1870.—Sobre la guerra y la política de Domiciano: Zangenmeister, *Zur Geschichte der Neckar-Länder in römischer Zeit*, «*Heidelberger Jahrbücher*», 1893. Gsell, *Essai sur le regne de l'empereur Domitien*, 1894.—Las excavaciones referentes á los limes (Frontera) están explicadas en el *Limesblatt* desde 1892, y anteriormente en el *Correspondenzblatt der Westdeutschen Zeitschrift*. Constituirán el objeto de una gran obra, *Der Obergermanisch-rätische Limes*, por Sarwey y Hettner, que ha empezado á publicarse en 1894. En el interin consúltese Cohausen, *Der römische Preusswall in reutschelnd*, 1894, y los artículos siguientes de la *Westdeutsche Zeitschrift*: Mommsen, *Der oberrheinische Limes*, 1885, y *Der Begriff des Limes*, 1894. Samwer, *Die Grenzpolizei des römischen Reichs*, 1886. Sarwey, *Die Abgrenzung des Römerreichs*, 1894.—Se completará esta bibliografía con la del párrafo 7 y con la del párrafo 5 del capítulo I del libro V.

das germánicas derrotaron á una legión. Aquello era demasiado. Como en otras ocasiones, las dificultades de orden interior retardaron la ejecución del programa bosquejado por Julio César. Urgía terminar su obra, procurando, por la sumisión de Germania, la pacificación de la Galia.

Transcurrieron, sin embargo, cuatro años antes que empezaran las operaciones. Era preciso, en primer término, acabar la guerra iniciada en los Alpes y luego organizar los países conquistados desde el Danubio al Mediterráneo. Hacia el 12 antes de J. C., Druso y Tiberio, que lo habían logrado, se atrevieron á invadir los países lejanos. Mientras Tiberio pasaba á Panonia, Druso entró en Germania por el extremo opuesto. Empezó el ataque por mar. Las tempestades del Océano le parecieron menos temibles que las selvas del continente. Una flota llegó hasta la desembocadura del Weser. El ejército siguió á los buques por la costa. Al año siguiente (11) atacó de frente á los pueblos envueltos por tal movimiento. La tercera campaña, el 10, tuvo por objeto reprimir las sublevaciones que siguen á toda derrota. La cuarta (el 9) hizo llegar á las legiones hasta las márgenes del Elba. Entonces murió Druso de una caída de caballo. Pereció joven y triunfante. Su muerte constituyó un duelo público; pero no comprometió el fruto de sus victorias. Tiberio, llamado á sucederle, tomó el mando, que conservó desde el 9 al 6 antes de J. C. Lo ejerció otra vez del 4 al 6 después de J. C., y en este intervalo de unos diez años pareció calmarse la actividad conquistadora de Roma. Los servicios de este caudillo no fueron menos brillantes que los de su hermano. Gracias á una acción simultánea militar y civil consolidó los resultados obtenidos y obligó á los pueblos conquistados á reconocer la supremacía de Roma.

Germania estaba al parecer sometida. Aceptó las costumbres romanas, construyó ciudades y mercados, se encorvó ante «la toga y los haces», no es de creer que formase una provincia aparte. Se limitaron los romanos á unirla con la Bélgica, es decir, con las tres Galias agrupadas bajo un solo gobierno. Pero el mismo pensamiento que el año 12 antes de J. C. congregó en Lyon, alrededor del altar de Roma y de Augusto, á los representantes de las ciudades galas, inspiró pocos años después la fundación del altar de los ubios.

Estos se habían significado por su adhesión á César. Por este sentimiento y por su relativa cultura predominaban entre sus compatriotas. En 38 Agripa les transportó á la orilla izquierda del Rhin, al punto en que hoy se levanta Colonia, á la sazón simple ópido, predestinado á un rápido crecimiento. Allí vigilaban por cuenta de los romanos. Ningún otro pueblo parecía más indicado para ser en Germania lo que Lyon representaba respecto de las tres Galias. La analogía se completaba con la posición geográfica. Como Lyon, la ciudad de los ubios no estaba emplazada en el centro de los países sometidos á su influencia. Apoyada en la Bélgica, como Lyon en la Narbonense, se hallaba en contacto con la civilización de la que recibía y propagaba los beneficios. El culto que estaba allí en auge aparece el año 9 antes de J. C., dirigido por un querusco, Sigmundo, hijo de Segesto. En las márgenes del Elba se erigió más tarde, hacia el 2 antes de J. C., otro altar igualmente consagrado á Augusto y de cuyo cuidado se encargó el le-

gado de Iliria, L. Domicio Ahenobarbo. Este culto debía agrupar las naciones sometidas de las inmediaciones de ese río.

Los principales pueblos que ingresaron en el Imperio eran, en primer lugar, los bátavos en el delta del Rhin, los caninefates entre el mar del Norte y el Zuyderzée, los usipios en el Lippe, los sicambros en el Sieg, los teucteros en el Lahn, los matiacos en la región del Tauno, á orillas del Main. Más allá, en la cuenca del Ems, se hallaban los frisonos, en la comarca apelidada hoy Frisia, y luego, remontando el río, los ampivaros, los tubantes, los bructeros. En tercera línea venían, en el Weser y el Elba, los chocos, los longobardos ó lombardos. Por último, vivían en el centro de Alemania, en el Hesse y la Sajonia, los catos y los queruscos.

Muchos de estos pueblos, los bátavos, frisonos y queruscos, suministraban auxiliares á las legiones. Allí, como lo hiciera en la Galia, Roma supo granjearse partidarios, conquistar la adhesión del pueblo. Un ejército poderoso les mantenía en la obediencia. Los cuarteles generales se hallaban en los campamentos de *Castra Vetera* (Xanten) frente al Lippe, y *Mogontiacum* (Maguncia) frente al Main. El campamento de *Vindonissa* (Windisch), en las márgenes del Aar, defendía la Germania meridional, poco poblada á la sazón, y constituía la avanzada de las guarniciones del Danubio. El Rhin era la verdadera línea defensiva; pero numerosos fuertes ocupaban los puntos estratégicos de los países anexionados. Se procuró especialmente cubrir las dos grandes vías de invasión, los valles del Main y del Lippe. En las fuentes de este último río, hacia la «puerta Westphaliana», se levantaba la fortaleza de *Aliso* (Elsen), la más importante de estas defensas, enlazada con *Castra Vetera* por una serie de puestos militares á lo largo de una doble carretera en ambas márgenes. Por la llanura pantanosa hasta el Ems avanzaba otra calzada en forma de dique. Las guarniciones distantes recibían refuerzos en la primavera. El estío se dedicaba á las campañas y paseos militares. En seguida las tropas volvían á pasar el invierno en los acantonamientos del Rhin.

El círculo en que estaba encerrada Germania ofrecía solución de continuidad. En el cuadrilátero de los montes de Bohemia dominaba, desde la época del rey Marobod, la poderosa nación de los marcomanos. Faltaba subyugarla á fin de que la dominación romana se extendiese desde Jutlandia hasta los Alpes Estirios. El 6 después de J. C. se inició el ataque por ambos lados, avanzando por el Main el legado Sextio Saturnino y por el Danubio Tiberio. Se interrumpió desde un principio, distraído de su objeto por la súbita insurrección de los pueblos de Panonia y Dalmacia. La rebelión se propagó por toda la región del Norte de los Balkanes. El peligro era inminente y lo fuera más sin los errores de Marobod. Italia, sorprendida, creyó que se le venían encima todos los bárbaros. Un esfuerzo enérgico la libró de la invasión. No por ello fué menos larga y penosa la guerra. Durante tres años, de 6 á 9 después de J. C., los bárbaros tuvieron en jaque á uno de los ejércitos más numerosos que Roma hubiese levantado desde hacía mucho tiempo, y en fin de cuenta sólo se alcanzó un resultado mediano, porque si bien se restableció la paz en las provincias danubianas, Marobod logró salvarse y se

aplazó la conquista de Bohemia. Así las cosas, estalló la noticia del desastre de Varo.

La conquista de Germania era más aparente que real. Los pueblos más próximos á la Galia se habían resignado, los demás mostraban su hostilidad. Desde el 4 después de J. C. menudearon las sublevaciones y Tiberio tuvo que encargarse otra vez del mando. En dos campañas sometió de nuevo á los queruscos, los chocos, los caninefates, los bructeros, los longobardos; pero se guardó bien de retirar las tropas. El año 4, éstas invinaron por primera vez en país enemigo, en Aliso.

La partida de Tiberio, que en 6 fué destinado al ejército del Danubio, y las noticias que llegaron pronto de



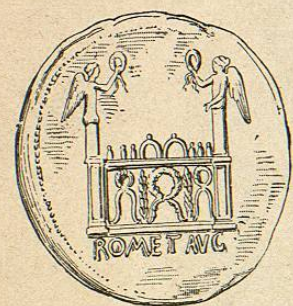
Estatua de Tiberio

Dalmacia y Panonia llevaron la agitación á su colmo. La ineptitud de los soldados y la del jefe aumentaron lo crítico de la situación. Los generales más hábiles y las más aguerridas tropas de Roma se hallaban en el sitio de mayor peligro. Los contingentes no habían disminuído, pero en su casi totalidad se componían de reclutas, y para colmo de desdichas, los mandaba P. Quintilio Varo. Figuraba en su estado mayor un joven noble querusco, Arminio ó Hermann. Como la mayoría de sus compatriotas, profesaba gran odio á los romanos á la vez que les servía. Iniciado en los secretos del general, pudo preparar fácilmente su traición. El ejército activo, fuerte de tres legiones y nueve cuerpos auxiliares, volvía á la ciudad de Aliso. Con pretexto de reprimir una sublevación local, le separó del camino, le llevó á la selva de Teutberg y lo entregó al enemigo que le esperaba y le aniquiló (fin del estío, año 9 después de J. C.).

La derrota de Varo no dió los resultados que con frecuencia se le atribuyen. Grave y humillante era el fracaso; no irreparable. No modificó en lo más mínimo los planes de Augusto. Tiberio volvió al teatro de sus antiguas hazañas. Por dos veces, en 11 y 12, emprendió, á la cabeza del ejército reorganizado, la victoriosa marcha allende el Rhin. Germánico, que le substituyó en 13,

restableció completamente el prestigio de las armas romanas tomando la ofensiva. Era hijo de Druso y heredero de sus talentos. Su ambición le impulsó a continuar la obra paterna y llevarla a feliz término. Su primera campaña del 15 se limitó a la cuenca del Ems; otra expedición le llevó el año después hasta el Elba. Tiberio, que desde 14 había sucedido a Augusto, quitó a Germánico este mando y le confió una misión importante en el otro extremo del Imperio.

De la destitución de Germánico data una era nueva en las relaciones de Roma con los germanos. Tácito, siempre desfavorable a Tiberio, no da más razón de este cambio que los celos del emperador, y no se equivoca por completo. Preocupaba al César la popularidad de Germánico. Tantas fuerzas concentradas en una mano podían constituir un peligro. Había rechazado la púrpura que le ofrecieron las legiones; pero podía revestirla si así le placía. La prudencia aconsejaba, no sólo esta destitución, sino también suprimir aquel mando, del que podía abusar otro caudillo menos escrupuloso. Para esto era preciso renunciar a las grandes empresas. Sin embargo, no cabe explicar por este solo motivo semejante abdicación. Los hechos habían demostrado que, para reinar hasta el Elba, no bastaba tener un ejército en el Rin. Requeríase la abdicación permanente, la cual suponía desguarnecer el Rin y abandonar a sí misma la Galia. El ejército renano no debía limitarse a contener la invasión de los germanos, sino que a la vez debía vigilar la Galia. Se necesitaban, por lo mismo, dos ejércitos, uno en el Rin y otro en el Elba. Tiberio juzgó que Germania valía menos que lo que costaba. Cabe censurarle si se piensa en el porvenir, en las invasiones, en los resultados de éstas; pero hay que reconocer que obró como soberano avaro de la sangre y del dinero de sus súbditos. Sus sucesores le imitaron. Treinta años más tarde, el 47, bajo Claudio, Corbulón acampó en el país de los chocos. Se disponía a cruzar el Ems como Germánico. Se rechazó su proyecto y se le mandó volver con sus tropas a los límites del Imperio.



Altar de Lyon en un gran bronce de Tiberio

Se evacuaron los territorios más distantes del Rin y se mantuvo una especie de protectorado sobre los pueblos vecinos en toda la margen derecha. Los caninefates, los frisonos, los usipios y los sicambros siguieron figurando como aliados en el ejército romano. Formaron, al otro lado del río, un cordón de puestos avanzados, destinado a proteger las cabezas de los puentes. Esta faja se ensanchaba por el lado de Maguncia. Allí empezaba, desde el valle del Main, la vía de invasión más directa hacia el interior de Germania. Los matiacos, que ocupaban la ladera meridional del Tauno, vigilaban aquel paso. Más al Sur, en la Selva Negra, se extendía el «desierto de los helvecios.» Estos pasaron de la Selva a la Suiza actual. Los marcomanos, que vinieron en pos de los helvecios, la abandonaron también para dirigirse a Bohemia. Esa comarca se hallaba, pues,

deshabitada, á merced del primer ocupante. Más tarde se establecieron en ella aventureros galos que se abrieron paso hacha en mano. Roma cuidó de proteger á los atrevidos exploradores. Les ofreció su protección, obligándoles á pagar el tributo de un décimo por las tierras que cultivaban. De ahí el nombre de *Campos Decumatos* aplicado á esa comarca. Se ignora la época precisa de esta toma de posesión, que fué definitiva bajo Vespasiano (69-72).

El abandono de Germania disminuyó la importancia del altar de los ubios. Subsistió para éstos; pero no parece que fuera el centro de un culto más extendido. Otra consecuencia de la nueva política fué el término del régimen que agrupaba en un mismo mando la Lyonesa, la Aquitania y la Bélgica. De la misma época data la separación de Bélgica y de la zona limitrofe del Rin, á que quedaba reducida la Germania romana. Formaba un mando militar que pareció hartamente poderoso. Así surgieron la Germania superior y la inferior, gobernadas cada una por un jefe ó legado particular y con ejército propio.

Faltan datos para trazar las divisorias de Bélgica y de ambas Germanias. La superior debió de abarcar las comarcas de los helvecios y rauracos hasta que cesó de estar ocupada militarmente, es decir, hasta últimos del siglo I ó primeros del II. Está fuera de duda que comprendía las comarcas de los tribocos, nemetes y vengiones en la vertiente oriental de los Vosgos. Entre Comblenza y Bona, en el punto por donde pasa el Vinxtbach, comenzaba la Germania inferior, que se extendía, á lo que parece, hasta el Escalda y que comprendía, además de bátavos y ubios, los menapios y quizás tongros y nervios.

La organización de las dos Germanias presentó varias particularidades. Durante el siglo I jamás se las designa como provincias. No es porque sus jefes, á pesar de su título de legados de ejército, fueran caudillos militares. En aquella época no había aún distinción de mandos. Era porque se dispuso extender su acción fuera de los límites á que se circunscribía en circunstancias normales. El legado de Bélgica era un simple pretoriano como los de Aquitania y Lyonesa, mientras que los legados de los ejércitos de Germania eran consulares, y por consiguiente, de superior jerarquía. Esta superioridad podía ser útil en ciertos momentos. Si estallaba una guerra ó una sublevación en la Galia, su categoría les autorizaba para intervenir en ella, y ésta era la ventaja de no estar circunscrita su autoridad á una sola provincia.

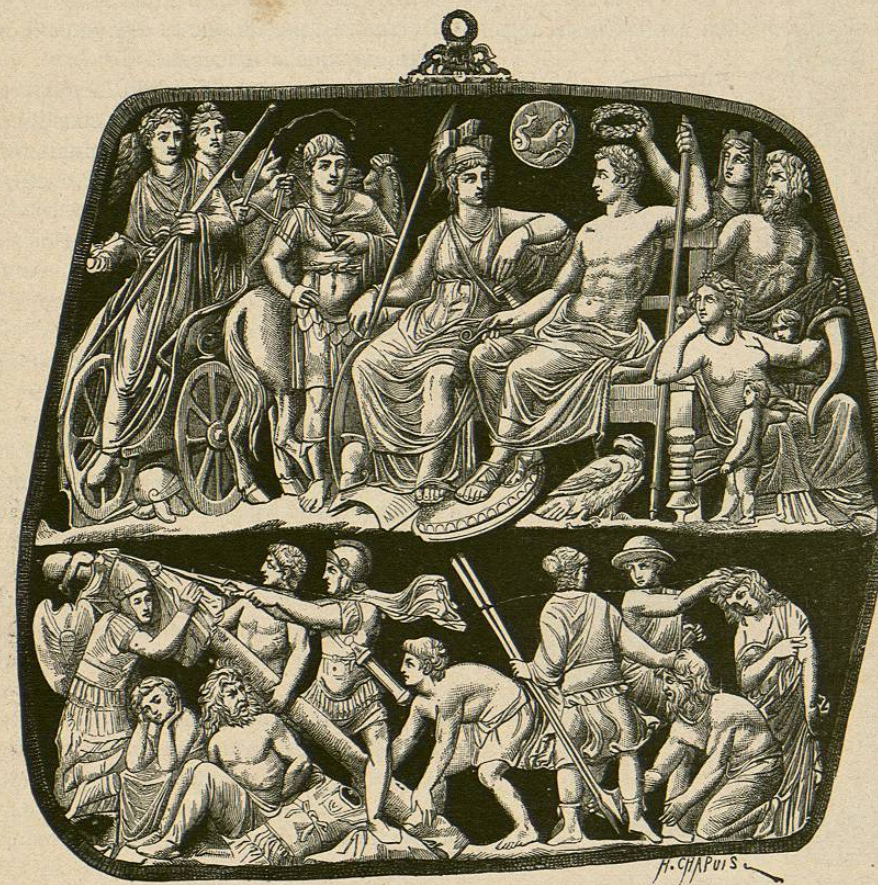
El gobierno imperial persistió en su actitud circunspecta hasta el advenimiento de los Flavios (69). Las expediciones que ordenó antes de esta fecha fueron puramente defensivas. Rechazaba los ataques de los pueblos más turbulentos, y por medio de rivalidades hábilmente suscitadas aseguraba la paz para Roma.

Se apartó de tal reserva después de la insurrección de Civilis. Los acontecimientos del 70 revelaron la audacia de los germanos. La campaña del 73-74, bajo Vespasiano, sólo ha llegado á nuestro conocimiento por algunos monumentos epigráficos. Tampoco tenemos noticias exactas de la campaña que Domiciano en persona emprendió contra los catos en 83. Pero la política de ambos emperadores patentiza que no rompieron abiertamente con la política de Tiberio. Nadie se acordaba de

la gran Germania que fué el sueño de Augusto, ni había quien pensara en suscitarla. Pero se quiso unir las líneas del Rin y del Danubio. Así se apoyaban recíprocamente ambos ejércitos, lo cual permitió reducirlos, á fin de aliviar las cargas de reclutamiento é impuesto sin riesgo para la seguridad pública. Desde 74 una gran vía que empezaba en Argentoratum (Estrasburgo) se dirigía á la Retia pasando por Offenburgo, en el gran ducado de Baden. A causa de ello los Campos Decumatos, in-

en el curso del Rin ni del Danubio. Pero cuando no era así, las fortificaciones menudeaban. El *limes* germánico se desprendía en Lorch, Wurtemberg, del *limes* rético que partía del Danubio. Desde Lorch llegaba hasta el Main en Altstadt. Allí se detenía y le reemplazaba el río. Luego aparecía de nuevo cerca de Nassau para rodear la región del Tauno y morir en el Rin, junto al límite de ambas Germanias.

Esta muralla, que se califica de gigantesca, no lo era



Camafeo que representa el triunfo de Tiberio sobre los panonios. (Museo de Viena.) (1)

corporados á la Germania superior, extendiéndose más allá del Neckar y protegidos ya contra las incursiones de los bárbaros, abrieron á la civilización romana nuevas comarcas donde se implantó y prosperó con rapidez.

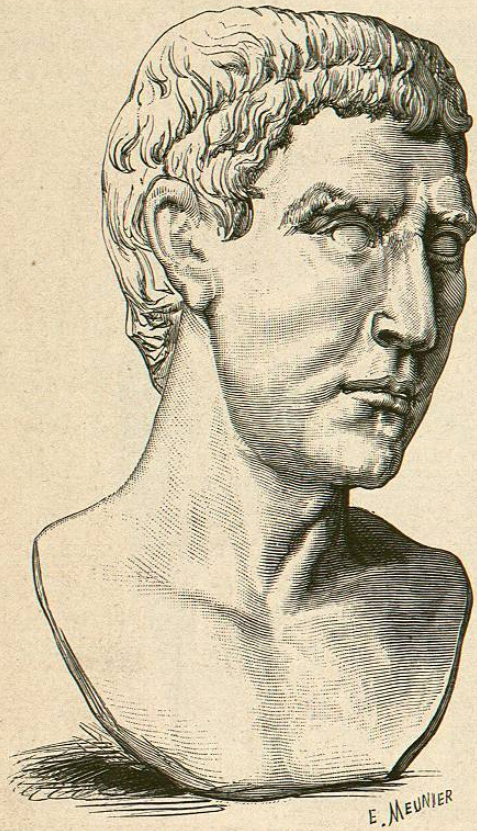
Trajano (98-117) completó la obra de Vespasiano y de Domiciano. Continuó construyendo á lo largo de la frontera esa divisoria que gracias á recientes descubrimientos podemos seguir en toda su extensión y que se llamó el *limes*. No era éste una muralla, sino un camino. Los romanos, aplicando á su imperio igual regla que á la propiedad privada, quisieron dejar entre sus dominios y el de sus vecinos un espacio de terreno libre, ancho de uno ó dos kilómetros. Este camino de ronda no siempre estaba apoyado por fortificaciones. Cuando corría á lo largo de un río, la barrera natural parecía suficiente. Así no hay traza de fortificaciones

(1) El jefe panonio Bato, que se resistió siete años á Tiberio y á Druso, está representado bajo el trofeo, acurrucado, encadenado y vestido con una especie de pantalón á la usanza de la *Gallia Braccata*; al cuello del segundo prisionero panonio se ve el *torquis* ó collar galo.

sino por su gran desarrollo. Consistía en una trinchera, alta de tres á cinco metros, precedida de un foso que á su vez estaba precedido de una empalizada. A corta distancia hacia atrás, á cada quince kilómetros aproximadamente, se levantaban fortines, *castella*, propios para abrigar una corta guarnición. No era propia tal obra para detener á un enemigo resuelto. Por otra parte, ni el trazado de la muralla ni sus obras denotan un fin puramente estratégico. La muralla corría en línea recta, por montes y valles, desdeñando todos los accidentes del terreno que hubiesen podido aumentar su fuerza defensiva. Por lo que toca á los fuertes se veía claramente que se había tenido en cuenta la amenidad del sitio y las comodidades, más que su valor estratégico desde el punto de vista militar. Eran harto hábiles los generales romanos para hacerse ilusiones acerca del valor defensivo de aquella especie de muralla china. Sabían que fuera insigne locura esperar el combate al pie de aquella línea que tenía más de doscientas leguas. Pero no se prevenía ni se deseaba una guerra. El *limes* se construyó contando con la paz, con

una paz bulliciosa como la que reinaba siempre en las fronteras, y para rechazar las incursiones parciales y las hordas de merodeadores. Lo que convenía era que no pudieran pasar sin advertir los guardianes de la frontera su presencia. Para ello bastaba un débil obstáculo, mientras fuera continuo. Los centinelas y patrullas avisaban. Los destacamentos de los fuertes acudían entonces y acababan con los invasores. La flotilla del Rin cumplía igual tarea á lo largo del río.

Se utilizaba también el *limes* como línea fiscal. El gobierno reducía á su más mínima expresión sus relacio-



Corbulón. (Museo del Louvre.)

nes con los bárbaros. Le parecía que así aumentaba su seguridad, tratándose de Estados mal organizados en los cuales la autoridad pública ejercía escasa influencia sobre los individuos. Las importaciones eran escasas. El Imperio era bastante rico y vasto para bastarse á sí mismo, sin recurrir á sus vecinos. Los productos de Germania no le eran necesarios. En cuanto á las exportaciones, se hallaban severamente limitadas para no ofrecer recursos al enemigo. Se prohibía la salida de productos alimenticios, armas y primeras materias con las cuales pudieran fabricarse. El paso de las personas también estaba sujeto á grandes restricciones. Nadie podía entrar sino de día en el imperio romano. Era preciso además comprar un permiso, ir desarmado y hacerse acompañar por un agente de la autoridad. Tales precauciones no eran posibles sino con un sistema de absoluto aislamiento.

El grueso del ejército estaba acantonado más atrás, á lo largo del Rin. En ninguna parte había juntado Roma fuerzas tan imponentes. Durante todo el primer siglo formaron un conjunto de ocho legiones, es decir, de cuarenta mil legionarios, contando cinco mil solda-

dos cada legión. Si á esta cifra se añaden los cuerpos auxiliares, cuyo número no se conoce exactamente, pero que por lo menos comprendían diez mil hombres en Germania, y los contingentes de la flotilla del Rin, se llega á un total de sesenta mil hombres. Era la cuarta ó quinta parte de todo el ejército de Roma. Más tarde la conquista de la cuenca del Neckar, reduciendo la frontera, permitió disminuir el número de tropas. Las ocho legiones que aparecen en tiempo de Nerva se reducen á cinco bajo Trajano, á cuatro en época de Adriano. La paz de que se disfrutaba á orillas del Rin permitía aquella reducción.

El ejército estaba dividido en guarniciones fijas, en campamentos permanentes que constituían plazas fuertes de primer orden que se convirtieron después en ciudades florecientes (1). De las cuatro legiones que había en Germania inferior, dos se establecieron en la comarca de los ubios, cerca del altar levantado por Augusto. La ciudad de los ubios, convertida desde 50, en honor de Agripina, mujer de Claudio é hija de Germánico, en la colonia *Agrippinensis* (Colonia), fué siempre la residencia del legado; pero no conservó las dos legiones primitivas, quizá para evitar conflictos entre los jefes militares y los magistrados civiles, quizá porque el paso del río en aquel punto se consideró asegurado por la fidelidad de aliados tan antiguos y fieles. De aquellas dos legiones una se estableció en *Novesium* (Neuss) y la otra en *Bonna* (Bona). El campamento de *Castra Vetera*, en que estaban acuarteladas las otras dos legiones de la Germania inferior, conservó más tiempo su guarnición, lo cual se explica por su importancia estratégica frente al Lippe. A partir de Domiciano fué cuando disminuyó su efectivo de una mitad, para evitar pronunciamientos parecidos al de Antonio Saturnino (88-89). Desde entonces se decidió que jamás dos legiones acamparan juntas. *Noviomagus* (Nimega) benefició de tal división. *Castra Vetera* y *Bona* continuaron albergando las dos legiones de la Germania inferior durante el siglo II.

La capital de la Germania superior y su primera plaza fuerte era *Mogontiacum* (Maguncia). Ésta conservó su primacía aun cuando viera disminuir su guarnición como *Castra Vetera*, en la misma época y por igual motivo. Las otras dos legiones permanecían en *Argentoratum* (Estrasburgo), en la comarca de los tribocos, y en *Vindonissa* (Windisch) en la confluencia del Aar y del Reuss, en tierra de los helvecios. *Vindonissa* fué evacuada cuando la conquista definitiva de los Campos Decumatos, y cuando el ejército de la Germania superior sólo tuvo dos legiones, residieron éstas en Maguncia y Estrasburgo.

No estaba confinado el ejército en las poblaciones que acabamos de enumerar. Las tropas auxiliares acampaban extramuros y las legiones enviaban á varios puntos destacamentos (*vexillationes*) de sus soldados. Estos diversos cuerpos han dejado huellas de su estancia no sólo por los monumentos funerarios levantados en memoria de sus soldados, sino en objetos menos interesantes en apariencia, pero más preciosos para los historiadores. Como no se detenían en ningún punto, aunque fuera por breve espacio, sin atrincherarse sól-

(1) Libro V, capítulo I, párrafo 5.

damente, sus trabajos se revelan en ladrillos marcados que la casualidad ha hecho surgir del suelo, y estas breves inscripciones nos permiten fijar el sitio y á veces la fecha de estos campamentos durables ó provisionales. Apenas hay localidad importante en la región renana y en la cuenca del Neckar en que estos despojos falten, proporcionando preciosos datos.

A fines del siglo I se operó en la administración de las dos Germanias un cambio que era más aparente que real: se erigieron entonces en provincias. Aquella medida se tomó por el desarrollo adquirido por la Germania superior, y quizá también por otra causa. La sumisión de la Galia del Norte, definitiva en 70, no hacía prever la intervención de los ejércitos del Rin fuera de su propio dominio. No había, pues, ningún inconveniente en encerrar á sus jefes en límites determinados. Por otra parte, ofrecía ventajas suprimir cuanto tenía su situación de anormal y poco definido. Así se evitaban competencias como las ocurridas con el legado de Bélgica. En cuanto á la Hacienda, ambas Germanias continuaron, como antes, dependiendo del procurador de esta última provincia, residente en Tréveris.

#### IV.—Los gobernadores de las provincias. La iusticia (1).

La Narbonense, en su calidad de provincia senatorial, estaba administrada por un procónsul. La Aquitania, la Narbonense, la Bélgica y las dos Germanias las administraban legados de Augusto. El procónsul de la Narbonense, así como los legados de las tres provincias, eran simples pretorianos. Sólo ambas Germanias tenían procónsules. En el siglo II, cuando la frontera germana, menos amenazada, vió disminuir su ejército, el legado de la Germania inferior sólo fué un ex pretor, designado para tal mando por el consulado más próximo.

Había una tercera categoría de gobernadores de las provincias que se consideraban como formando parte del dominio privado del emperador. Se llamaban *intendentes*, *procuradores*, y pertenecían á la nobleza ecuestre. Tal era, como se ha visto, el caso de los gobernadores de los Alpes Marítimos, Cotienos y Poeninos.

Los legados de Augusto, y con doble razón los procuradores designados para las provincias alpinas, los

(1) FUENTES.—1.º Documentos literarios: Tácito, Suetonio, Dion Casio, *Histoire auguste*, etc., y en general toda la literatura del Imperio.—2.º Documentos jurídicos: Huschke, *Jurisprudentie antejustiniana que supersunt. Corpus Juris civilis*, edición Krueger y Mommsen. Véase singularmente el *Digesto*, I, 16 y sigs.—3.º Documentos epigráficos. Para los documentos jurídicos transmitidos por la epigrafía: Bruns, *Fontes juris romani antiqui*.

OBRAS DE CONSULTA.—Marx, *Essai sur les pouvoirs du gouverneur de province sous la République romaine et jusqu'à Diocletien*, 1880. Hirschfeld, *Untersuchungen auf dem Gebiete der römischen Verwaltungsgeschichte*, 1877. *Die ritterlichen Provinzialstatthalter*, Sitzungsberichte de la Academia de Berlín, 1889. Liebenam, *Die Laufbahn der Procuratoren*, 1886. *Forschungen zur Verwaltungsgeschichte des römischen Kaiserreichs*, 1888. Giraud, *Essai sur l'histoire du droit français au moyen âge*, 1846. Karlowa, *Römische Rechtsgeschichte*, I, 1885. Humbert et Lécrivain, *Judex, Judicium*, «Dictionnaire des antiquités», de Saglio. Cuq, *Jurisdicção*, íbidem. *Les juges plébiens de la colonie de Narbonne*, «Mélanges de l'Ecole française de Rome», 1881. Duruy, *Formation historique des deux classes de citoyens romains désignés sous les noms d'Honestiores et d'Humiliores*, «Histoire romaine», VI, páginas 629 y sigs.

nombraba el emperador por un tiempo indeterminado. Por regla general dejaba que los legados desempeñaran durante cinco años sus funciones. Los procónsules permanecían un año en sus puestos; pero á veces, por excepción, se prorrogaban sus poderes.

El personal administrativo era poco numeroso. En la Narbonense había un procónsul con un cuestor y su legado, designado por suerte aquél y éste nombrado por el Senado. En Aquitania, Lyonesa y Bélgica, tres lega-



Germánico. (Museo de Letrán.)

dos de Augusto y los procuradores provinciales (2). En estas tres provincias, así como en la Narbonense, había varios procuradores de inferior categoría.

Los legados de Augusto, que gobernaban las provincias imperiales, no podían conferir á nadie el título y los poderes que les otorgara el emperador. No nombraban, pues, legados, como los procónsules. Los legados que gobernaban ambas Germanias tenían bajo sus órdenes á los jefes de las legiones, que también ostentaban el título de legados, pero eran legados del emperador nombrados para aquel mando especial (*legati Augusti legionis*), mientras que el legado, su jefe, mandaba en la provincia entera, así en lo civil como en lo militar.

En algunas provincias, á fin de que el legado pudiera cumplir mejor con sus deberes militares, se le adjuntaba un legado *juridicus*, es decir, encargado de admi-

(2) Más adelante (párrafo 5) se verá que sólo eran dos para las tres provincias.